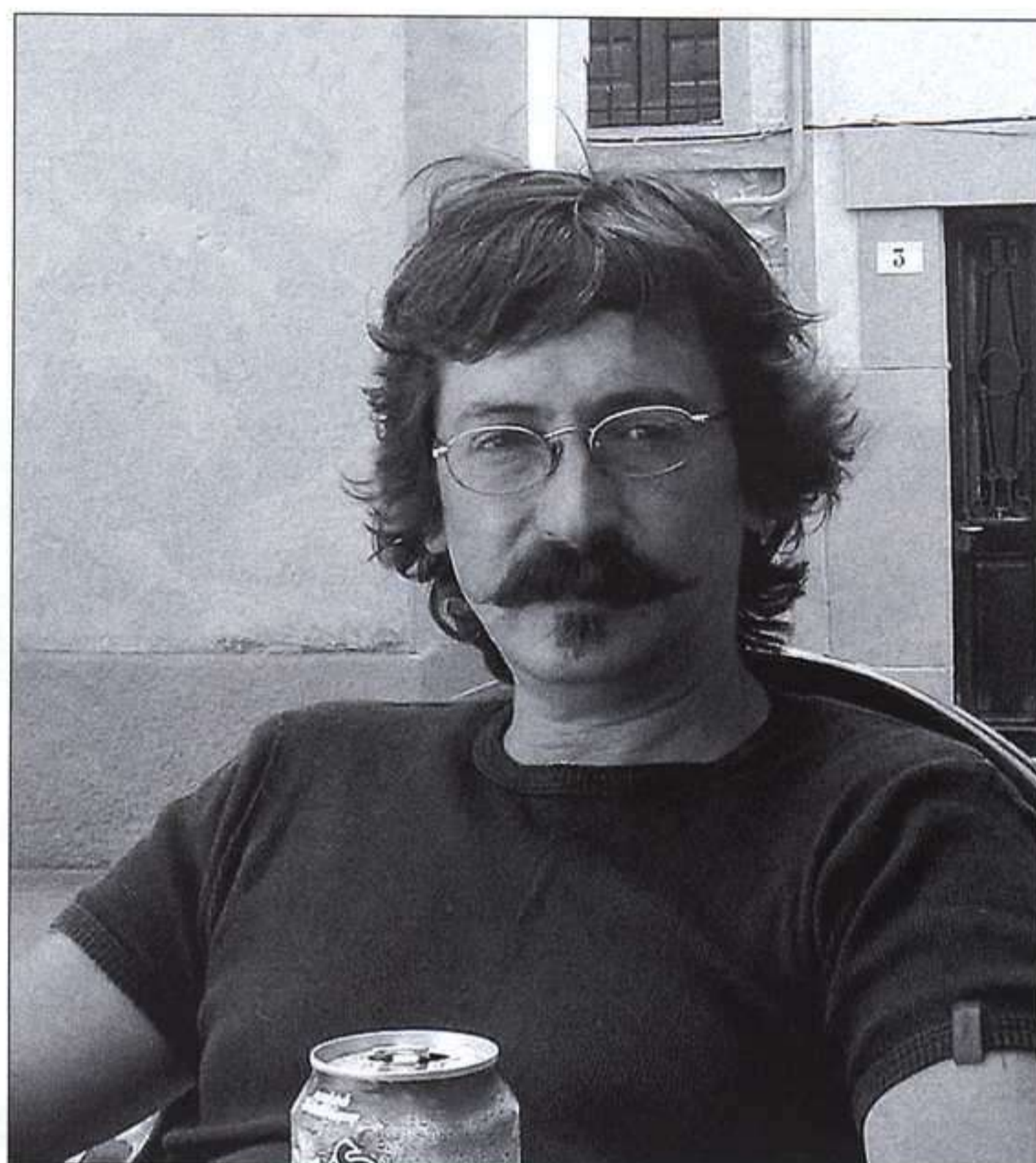


AUTORRETRATO

Gustavo Roldán

Hace pocos días, mi madre me dio un sobre lleno con dibujos de los que yo hacía cuando tenía más o menos cuatro años. Unas tarjetas del tamaño de una postal con montones de leones furiosos que habían estado guardados durante treinta y siete años en un baúl junto a otros dibujos. Según me acuerdo, solía sentarme en la mesa de la cocina y dibujaba frenéticamente durante horas. En esa época eran especialmente leones, pero también pájaros y jirafas comiendo pasto. Siempre en larguísima series y siempre dejando que la mano fuera hacia donde le diera la gana, sintiendo ese ruidito que hace el crayón raspando sobre el papel y gozando de la sorpresa que da cada trazo que se estampa.



Dibujar así, sin boceto, sin red, casi sin escuchar el pensamiento que tantas veces nos llena de pruritos y de miedo, da un placer tremendo. Así de simple.

Viendo esos leones furiosos, me reconozco y caigo en la cuenta de que después de tantos años de haber «aprendido» y sobre todo «desaprendido» a dibujar, mi método de trabajo sigue siendo el mismo. O al menos parecido. Básicamente, confiar en el garabato. Apoyar la pluma en el papel y dejar que camine buscando figuritas que después serán personajes y me sugerirán historias para contar y, en algunos casos, se transformarán en libros. O irán a parar a un cuadro que colgará de alguna pared. Otras veces, se quedarán en un cajón y si te he visto, no me acuerdo.

Cuando un garabato promete personaje, se me queda rondando en la cabeza. Al tiempo, casi siempre cuando estoy caminando distraído por la calle, me cae una historia a la cabeza. De golpe. Como un ladrillazo. La apunto en el cuaderno y ahí comienza el trabajo duro de escribir, pulir y buscarle un perfil definitivo al garabato de turno.

Entonces, sí que cambia la cosa. Ahí sí que interviene el pensamiento y vienen las dudas; la experimentación y la búsqueda. Para mí, el material con que se trabaja manda. Tanto para el dibujo, como para el texto. Me gusta respetarlo y descubrirlo. Eso trae placer y soledad ataditos de la mano durante un buen rato. Hasta que uno considera que da en el clavo, tras un proceso muy, pero que muy lento. Y encima, para que parezca hecho en minutos.

Creo que por eso me considero dibujante, más que ilustrador. Dibujante que escribe, más bien. Por el gusto que me da dibujar así, de forma automática, sin una idea previa de lo que voy haciendo y dejar que se desarrolle despacio, de a poco. Igual que ocurría cuando era chico y, sentado en la mesa de la cocina, dibujaba montones de leones furiosos.

Bibliografía (selección)

- Cómo reconocer a un monstruo*, Buenos Aires (Argentina): A-Z editora, 1997. Ed. en francés —*Commen reconaitre un monstre*— Bruselas (Bélgica): Editions du Pepin, 1999.
- Para noches sin sueño*, Buenos Aires (Argentina): A-Z editora, 1997. Ed. en francés —*Pour des nuits sans sommeil*— Bruselas (Bélgica): Editions du Pepin, 1999.
- Lluvia de pájaros*, texto de Gustavo Roldán padre, México D. F.: Fondo de Cultura Económica, 1999.
- De cómo nacieron las sirenas*, texto de Griselda Castro, Barcelona: Edebé, 2000.
- Esteban y el escarabajo*, texto de Jorge Luján, México D. F.: Alfaguara, 2002.
- Un ratoncito*, Zaragoza: Imaginarium, 2002.
- El gran Napoleón*, Barcelona: Edebé, 2003.
- Cosas de brujas* (en colaboración con Mariela Marabi), Zaragoza: Imaginarium, 2004.
- Poc, Poc, Poc*, Buenos Aires: Ediciones del Eclipse, 2004.
- La couleur des sens*, Ginebra (Suiza): Qui Quand Quoi, 2005.
- Para esconderse de un monstruo*, ilustraciones de Pablo Prestifilippo, Barcelona: Destino, 2005.
- El monstruo azul*, texto de Mariza Claudia Rombolá, Barcelona: Edebé, 2006.
- Un hombre con sombrero*, Buenos Aires (Argentina): Pequeño Editor, 2005.
- El erizo*, Barcelona: Thule, 2007.
- Peces gordos*, texto de Carlos Rodrigus Gesualdi, Barcelona: Planeta, 2007.